

POEMAS DE ANTONIO GAMONEDA

de *Blues Castellano*

Blues del amo

Va a hacer diecinueve años
que trabajo para un amo.
Hace diecinueve años que me da la comida
y todavía no he visto su rostro.

No he visto al amo en diecinueve años
pero todos los días yo me miro a mí mismo
y ya voy sabiendo poco a poco
cómo es el rostro de mi amo.

Va a hacer diecinueve años
que salgo de mi casa y hace frío
y luego entro en la suya y me pone una luz
amarilla encima de la cabeza
y todo el día escribo dieciséis
y mil y dos y ya no puedo más
y luego salgo al aire y es de noche
y vuelvo a casa y no puedo vivir.

Cuando vea a mi amo le preguntaré
lo que son mil y dieciséis
y por qué me pone una luz encima de la cabeza.

Cuando esté un día delante de mi amo,
veré su rostro, miraré en su rostro
hasta borrarlo de él y de mí mismo.

HPR/92

de *Pasión de la mirada*

He aquí las cabezas congregadas
a la convexidad; habla el volumen
y no turba el silencio; se averiguan
solo la dimensión y la tristeza.

Surgen del capitel innumerables,
de la tiniebla de los huesos y
la poderosa ritmación redonda:
consistencia mortal, morfología
que se revela y no se nombra, fruto
obstinado del tímpano y el tiempo.

* * *

Aquí la boca, su oquedad eterna,
exhala una palabra, mas no suena
si no es en forma de justicia: calla.
Sobre el oro veloz, un viento inmóvil
precipita su cuerpo hacia el espanto
de los cabellos y sus huesos sienten
la sustancia mortal, las duras manos
torturando columnas. La palabra
enardece las túnicas, asciende
en las tinieblas, arde en los sepulcros
y construye un espacio. Pero calla.

HPR/93

de *Descripción de la mentira* (fragmentos)

(...)

El óxido se posó en mi lengua como el sabor de una desaparición.

El olvido entró en mi lengua y no tuve otra conducta que el olvido,
y no acepte otro valor que la imposibilidad.

Como un barco calcificado en un país del que se ha retirado el mar,
escuché la rendición de mis huesos depositándose en el descanso;

escuché la huida de los insectos y la retracción de la sombra al ingresar
en lo que quedaba de mí;

escuché hasta que la verdad dejó de existir en el espacio y en mi espíritu,
y no pude resistir la perfección del silencio.

(...)

En este país, en este tiempo cuya pesadumbre se dibuja en lápidas de
mercurio,

voy a extender mis brazos y penetrar la hierba,

voy a deslizarme en la espesura del acebo para que tú me adviertas, para
que me convoques en la humedad de tus axilas.

Aún hay luz sobre las ramas abatidas y mi valor se descubre en sílabas en
las que tú y los rostros actuáis como gránulos silvestres,

como espermas excitadas hasta penetrar en la bujía del sonido,

HPR/94

hasta sumergir mi cuerpo en aguas que no palpitan,
hasta cubrir mi rostro con las pomadas de la majestad.

No es una glorificación, no es que la púrpura haya caído sobre mis huesos;

es más hermoso y antiguo: alentar sobre el vinagre hasta volverlo azul,
adelantar un cuchillo y retirarlo húmedo de una exudación que dignifica
al esgrimidor.

Agradezco la pobreza para que la pobreza no me maldiga y me conceda
anillos que me distingan de cuando fui puro y legislaba en la negación.

Huelo los testimonios de cuanto es sucio sobre la tierra y no me
reconcilio pero amo lo que ha quedado de nosotros.

Estoy viejo de mí mismo pero hay estigmas. Han llegado los visitantes.
Hay hormigas debajo de las llagas.

Siento la fertilidad que se refugia entre la ira de mis cabellos y oigo el
deslizamiento de las especies que nos han abandonado.

He cesado en la compasión porque la compasión me entregaba a
príncipes funestos cuyas medallas se hundían en el corazón de mis hijas.

Yo haré con los príncipes una destilación que será nociva para ellos pero
excitante y dulce en la población como lo es el zumo reservado en
vasijas muy oscuras.

No recurriré a la verdad porque la verdad ha dicho no y ha puesto ácidos
en mi cuerpo.

HPR/95

¿Qué verdad existe en el vientre de las palomas?

¿La verdad está en la lengua o en el espacio de los espejos?

¿La verdad es lo que se responde a las preguntas de los príncipes?

¿Cuál es entonces la respuesta a las preguntas de los alfareros?

(...)

HPR/96

de *Lápidas*

Sucedían cuerdas de prisioneros; hombres cargados de silencio y mantas. En aquel lado del Bernesga los contemplaban con amistad y miedo. Una mujer, agotada y hermosa, se acercaba con un serillo de naranjas; cada vez, la última naranja le quemaba las manos: siempre había más presos que naranjas.

Cruzaban bajo mis balcones y yo bajaba hasta los hierros cuyo frío no cesara en mi rostro. En largas cintas eran llevados a los puentes y ellos sentían la humedad del río antes de entrar en la tiniebla de San Marcos, en los tristes depósitos de mi ciudad avergonzada.

* * *

En los paseos perezosos hice míos los restos de la pobreza agraria: vi colmenas y púrpura; en los ejidos, vi tormentas de oro y animales ciegos en la contemplación del rocío; vi los laureles suburbiales y, en la pureza de los lavaderos, madres arrodilladas sobre el agua.

Pero, más adentro, todavía fuera del lugar donde estuvieron las puertas, la ciudad precipita hacia arriba sus vestigios. Es un abismo entre cristales: bragas en la coronación de los taludes; un territorio de blancura profanada por pájaros y lámparas. La lentitud entra en las galerías y su lengua excita a los espíritus; sangra dulcemente entre resplandores y canciones de niñas en los almacenes abandonados.

(Edad, edad en los suburbios: dalias y hortensias sobre las murallas, ropas mortales en los tendederos asistidos por mujeres esbeltas, y los desagües que conducen el líquido azul de la desesperación, entre corambres y geranios, hacia la Beneficencia y los prostíbulos, hasta desaparecer en las mimbreras del Medul).

HPR/97

de *Libro del frío*

El vigilante de la nieve (selección)

El vigilante fue herido por su madre;

describió con sus manos la forma de la tristeza y acarició cabellos que ya no amaba.

Todas las causas se aniquilaban en sus ojos.

Fingía un rostro en el aire (hambre y marfil de los hospitales andaluces); en la extremidad del silencio, él oía la campanilla de los agonizantes. Nos miraba y nosotros sentíamos la desnudez de la existencia. Velozmente, abría todas las puertas y derramaba el vino sobre el hielo del amanecer. Luego, sollozando, nos mostraba las botellas vacías.

Cada mañana ponía en los arroyos acero y lágrimas y adiestraba a los pájaros en la canción de la ira: el arroyo claro para la hija dulcemente imbécil; el agua azul para la mujer sin esperanza, la que olía a vértigo y a luz, sola en el albañal entre banderas blancas, fría bajo la sarga y los párpados ya amarillos de amor.

Era sagaz en la prisión del frío.

Vio los presagios en la mañana azul: los gavilanes hendían el invierno y los arroyos eran lentos entre las flores de la nieve.

Venían cuerpos femeninos y él advertía su fertilidad.

Luego llegaron manos invisibles. Con exacta dulzura, asió la mano de su madre.

HPR/98

de *Arden las pérdidas*

He tirado al abismo el hueso de la misericordia; no es necesario cuando el dolor es parte de la serenidad, pero la lucidez trabaja en mí como un alcohol enloquecido.

Sé que las uñas crecen en la muerte. No

baja nadie al corazón. Nos despojamos de nosotros mismos al expulsar la falsedad, nos desollamos y

no viene nadie. No

hay sombras ni agonía. Bien:

no haya más que luz. Así es

la última ebriedad: partes iguales

de vértigo y olvido.

* * *

Vi descender llamas doradas sobre muros de sombra. Esto fue antes de la aparición de los símbolos.

La arcilla ardía en el silencio y, tras la dulzura cercada por imanes, se abrían espacios en los que, más tarde, advertiría la imposibilidad de distinguir la crueldad de la misericordia.

Después, la desaparición fue la única virtud de los rostros amados.

Entré en un tiempo en que mi cuerpo participaba de la luz, que, a su vez, estaba en mí y fuera de mí: eran la fiebre y la revelación en el instante de rasgarse la infancia. Sucedió, entre despertar y no despertar, bajo afiladas

HPR/99

ruedas invisibles. La eternidad anticipaba su doblez: no existía, pero era luminosa y temible.

Asistí a la compactación del fuego. Sentí en torno a mí cinturones de espino y la precisión de los cuchillos perdidos en la nieve. Descubrí un abismo en cuyos escarpes se extendían amapolas inmóviles. Aprendí a aullar mientras se rompían vidrios dentro de mis ojos.

Mi juventud fue conducida por relámpagos tecnificados más allá de las flores en su hábito de llamas. Vi, en habitaciones abandonadas, grietas por las que asomaban su cabeza los reptiles del llanto.

Conocí el frío y, más allá de los símbolos, vi huellas judiciales.

Vi también huesos torturados. Por entonces se levantaron en mí las grandes, las inútiles preguntas. Tuve miedo ante la quietud de las cortinas maternas.

Después advertí la belleza de ciertas úlceras y, en el tejido arterial, las tuberías que comunican el placer y la muerte.

Soñé y el sueño era otra vida dentro de mi cuerpo y su argumento consistía en el dolor y el dolor era anterior al pensamiento y se deducía de células enfermas.

Me extravié en esta creación añadida; descubrí que no había más que locura en la relación de los cuerpos.

Pensé otra vez en los torturadores, volví a ver

frutos petrificados por el silencio y, en mis manos, la dentadura de mi padre (fue una extracción de la humedad terrestre). Hube de calcular el valor de la bisutería negra recibida de amantes desconocidos y, un día, se manifestó la melancolía cableada del corazón al intestino.

HPR/100

Vi la pobreza a través del olvido y vi también, una sola vez, el rostro de mi madre sonriendo sobre el algodón y el acero. Una sola vez.

Esta es mi relación, esta es mi obra. No hay nada más en la alcoba fría. Fuera de ella, abandonadas, están las cestas de la tristeza, excrementos cubiertos de rocío y los grandes anuncios de la felicidad.